



“Esa Vieja Magia Negra”

Dicen que el jazz es una música universal. Visto así, sin más definiciones ni añadidos, se convierte en una simple moneda de intercambio; tópico por una cara e inocente por la otra. Esa etiqueta de universalidad se podría sostener por aquello de que el jazz, desde el ghetto original hasta ahora, no ha hecho más que recorrer la ruta del extranjero, siempre en huida hacia adelante para llegar a ese punto final que hace del exilio su patria.

Interesante pero oscuro, bello pero rudo, el jazz se ha ido desvistiendo en las alcobas de sus enemigos: amante clandestino primero, amante consentido después, nunca con rubor, se convirtió irónicamente en algo a valorar, sobre todo a escuchar.

Todo esto no causa sorpresa: las conciencias aquiescentes, devotas de eso que estiman como un deber de lucidez, terminaron por aceptarlo esperando sentir un escalofrío en su *savoir-faire* existencial.

Negro por designio, blanco por extensión, gris por sus matices, del jazz y sobre el jazz se han hecho infinitas definiciones. Como ejemplo la de un geómetra musical minucioso, Lennie Tristano, para quien el jazz era antes que un estilo, un sentimiento.

Con este número de presentación **Cuadernos de Jazz** inicia su trayectoria con la intención de cubrir el espacio que el jazz se merece dentro de las publicaciones musicales especializadas. Es un medio abierto a la reflexión y el análisis, pensando en el aficionado y conscientes de que ningún arte sobrevive sin aquellos que lo sostienen.

Cuadernos de Jazz